

la cruz renovado aquí, entrando todos juntos para hacer la adoración y uniéndonos en el santísimo corazón del Divino Maestro: ¡entonces tendrán gran gozo de la vida común! Somos vida común, porque todos permanecemos en Cristo y todos queremos ser iguales a Él: tener un corazón igual al suyo, una mente igual a la suya, una vida igual a la suya” (AP 1957, 174 e 176).

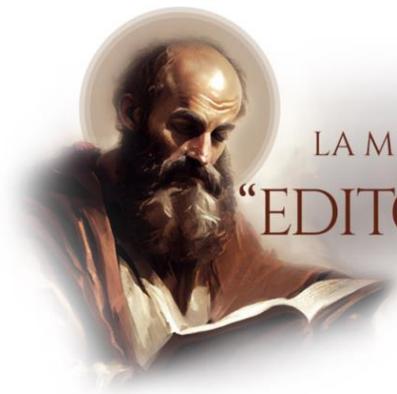
5. De la palabra a la vida

El reto por excelencia para el hombre de hoy -atrapado en mil compromisos y posibilidades que le ofrece la vida, especialmente en el campo de internet y las redes sociales- es ser capaz de detenerse y tomar conciencia del inmenso don de la vida que está viviendo, del misterio en el que está inserto y por el que está envuelto, y al mismo tiempo reconocer el enorme riesgo que corre de ver pasar su vida en un abrir y cerrar de ojos, ocupado en miles de cosas urgentes pero no importantes ni esenciales, de no captar la presencia y el don de Dios, de no saborear su compañía y la de sus hermanos y hermanas; el reto es sentirse una sola familia, ayudándose mutuamente, viviendo las relaciones en el amor, con gestos de atención y estima hacia los demás, reconociendo su altísima dignidad de hijos de Dios, creando y viviendo cada vez más en la cultura del encuentro, añadiendo su propia pieza en la construcción de la “civilización del amor”.

- ¿La relación con Dios me ayuda a construir relaciones más fraternas?
- ¿Mis relaciones con mis hermanos y hermanas están marcadas por la generosidad o por el interés personal?
- ¿En qué momento del camino estoy, de ver en el rostro de mi hermano el rostro de Dios?

6. Oración

¡Qué bueno y agradable
es que los hermanos vivan unidos!
Es como el óleo perfumado sobre la cabeza,
que desciende por la barba
—la barba de Aarón—
hasta el borde de sus vestiduras
Es como el rocío del Hermón
que cae sobre las montañas de Sión.
Allí el Señor da su bendición,
la vida para siempre (Salmo 133).



LA METAMORFOSIS NECESARIA PARA VIVIR COMO “EDITORES” PAULINOS

Marzo 2024

LA METAMORFOSIS DE LA FRATERNIDAD

El punto “2” de la Carta del Superior general -después de hablar de la “metamorfosis” que está experimentando el mundo con la crisis del mito del crecimiento, con el desafío de la inteligencia artificial y los diversos interrogantes que vive la Iglesia- reflexiona sobre la otra metamorfosis que hay que realizar y que nos implica personalmente: hacernos promotores de la “cultura del encuentro”, vivir la fraternidad, tejer nuevas amistades para que se conviertan en “vehículos” de la propuesta que Dios dirige a todo hombre. Esto nos exige salir de nosotros mismos, de nuestro propio narcisismo, para vivir la “mística” de vivir juntos, para aprender a actuar juntos, para ser “tejedores de comunión”, especialmente hacia los pobres y los que buscan un sentido a la vida.

1. De la Carta del Superior general

“Una humanidad tan cambiada y una Iglesia que hace suya la cultura del encuentro nos interpelan concretamente, nos piden nuevos caminos y una nueva visión de la sociedad y del pueblo de Dios, que no puede estancarse en criterios modernos de desarrollo o de progreso, y menos aún de globalización o bienestar. La encíclica del Papa Francisco *Fratelli tutti* lo dice claramente: hay necesidad de fraternidad, de mirar el rostro del prójimo de manera diferente, de tejer nuevas amistades para que la vida del cristiano se convierta como un vehículo de la propuesta de amistad que Jesús dirige a todos. Es el tiempo también de la transformación de las relaciones, para que se favorezca, de un modo nuevo, el encuentro de la humanidad con Cristo. Una transformación que toma la forma de un proceso de ruptura de nosotros mismos y de nuestros esquemas, requiere levantar nuestra mirada para ver nuevos horizontes y nuevos rostros, para iniciar algo nuevo en lo cual invertir nuestras mejores energías...” (*La metamorfosis de la fraternidad* [2]).

2. El encuentro con la Palabra de Dios

San Pablo nos invita al encuentro con el otro, partiendo desde el interior, del corazón, de los pensamientos y sentimientos, poniendo así las bases para que el encuentro concreto sea de acogida, de escucha, de amistad, de comunión. En realidad, Pablo nos aconseja partir incluso antes del corazón, partir de la primera fuente, Dios. En efecto, es a partir de la experiencia del amor trinitario, de su perdón incondicional que el hombre se capacita para encontrar en el amor al hermano y a la hermana, lleno del deseo de contribuir a su alegría y bienestar.

“Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión. Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Sopórtense los unos a los otros, y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro. El Señor los ha perdonado: hagan ustedes lo mismo. Sobre todo, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en sus corazones: esa paz a la que han sido llamados, porque formamos un solo Cuerpo. Y vivan en la acción de gracias. Que la Palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza. Instrúyanse en la verdadera sabiduría, corrigiéndose los unos a los otros. Canten a Dios con gratitud y de todo corazón salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por él a Dios Padre” (Col 3, 12-17).

3. La enseñanza de la Iglesia

El arte de amar al hermano y a la hermana es el arte supremo; no hay meta más urgente y esencial para todo hombre. Fracasar en esta única meta que Dios nos da, que nuestra conciencia nos da, que la vida misma nos da, significa sumirse en el vacío, en la nada. Sin comunión, sin el hermano y la hermana, la vida se atrofia, falta. Y nuestra alegría, nuestra paz y armonía interior y exterior sufrirán como consecuencia. En el hermano y la hermana Dios está presente, la amistad y la comunión con ellos es una experiencia de intimidad con Dios.

“El ideal cristiano siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual. Muchos tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio. Porque, así como algunos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, también se pretenden relaciones interpersonales sólo mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y sistemas que se puedan encender y apagar a voluntad. Mientras tanto, el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo

del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura.

Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno. Precisamente en esta época, y también allí donde son un ‘pequeño rebaño’ (Lc 12, 32), los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5, 13-16). Son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡No nos dejemos robar la comunidad!” (Evangelii Gaudium 88; 92).

4. Pensamiento del Fundador

La vida de relación con nuestros hermanos y hermanas está en el plan de Dios para nuestras vidas. Vivir con los demás y para los demás es el camino que Dios nos muestra para encontrar la verdad sobre nosotros mismos y vivir plenamente el don de la vida. El P. Alberione menciona las diversas ventajas de vivir juntos: nos aleja de los peligros, hay edificación mutua, crecemos en humildad, bondad, caridad, nos formamos mejor intelectualmente, moralmente, religiosamente. Pero, en definitiva, es en Cristo, en la Eucaristía, donde la ayuda mutua y la comunión del uno con el otro alcanzan su culmen.

“Vivir juntos tiene también ventajas muy preciosas: que juntos nos salvamos de muchos peligros, juntos nos edificamos con los buenos ejemplos. Y, además, juntos rezamos, juntos trabajamos. Así sucedía con el colegio apostólico, que era un verdadero instituto religioso, pero en el sentido más elevado, con esa cierta amplitud y esa cierta bondad que Jesús sabía utilizar de manera divina con sus apóstoles, al mismo tiempo que los llevaba al ejercicio práctico de todas las virtudes, especialmente la humildad, la bondad, la caridad... En la vida común uno se forma mejor intelectual, moral, ascética y religiosamente... ¡Si comprendieras el don divino de la vida común! Entonces pidan cada vez amarla más y querer vivirla y comprenderla entrando todos juntos en la Hostia matutina, en la misma Hostia, entrando todos juntos para asistir al Sacrificio de